

10:13). En su bendición Dios nos da su nombre, y con él su bendición.

Dios dio las palabras exactas para su bendición. (Leer Números 6:22-27.) ¿Se dio cuenta que estas palabras son más generales que específicas? Es porque así deja abierta la puerta del cielo, como debe ser. Es la invitación que le hace su Salvador, como si le estuviera diciendo: “Tienes mi bendición. ¿Qué más necesitas?”

¿Cómo contestaría esa pregunta? “Jehová te bendiga y te guarde.” ¿De qué forma necesita ser bendecido? ¿De qué desafíos, cambios, peligros, u oportunidades necesita ser protegido? ¿En qué situaciones de su vida necesita más que nada ver la luz de su sonrisa y recibir la paz de su presencia? Ahora que lo sabe, ¡pídaselo! En Jesús él es misericordioso y compasivo. ¡Apenas puede esperar a abrir las ventanas del cielo para derramar sus bendiciones sobre usted!

Para llevar a casa

Hoy se va a llevar a su casa (*nombre el artículo que va a distribuir*). Es mi oración que cada vez que lo utilice, y cada vez que lo vea, recuerde la misericordia y compasión que Dios demostró por usted en la cruz de nuestro Salvador. Es mi oración que reciba la bendición que su Salvador tiene preparada para usted—en todo su esplendor, y especialmente la alegría de conocerlo cada vez más.

¡Dios le bendiga! Amén.

#WBB9DAS



© 2009 CTA, Inc. Se autoriza a hacer fotocopias o a reproducir en forma mecánica o electrónica solamente al comprador original y cuando sea para uso dentro de la iglesia u otra organización cristiana.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia versión Reina-Valera 1995.



Expanding the Impact of Your
Gifts of Encouragement

¡Bendiciones!

Introducción

¿Tiene amigos o familiares que repiten las mismas cosas una y otra vez? Hay personas que hacen siempre las mismas bromas. Hay otras que día tras día sufren, tratando de encontrar respuestas a la rebelión de un hijo, o a las decisiones que deben tomar con respecto a la atención médica de sus padres ancianos.

En general, cuando repetimos algo, lo hacemos porque eso es lo que tenemos en la mente y en el corazón. Siguiendo este pensamiento, consideremos entonces el hecho que la Escritura repetidamente regresa a la idea de la “bendición” de Dios, esa gracia y promesa que Dios derramó sobre su pueblo. Una y otra vez, las Escrituras vuelven a la idea de que nuestro Señor quiere bendecir a su pueblo. Esto nos dice mucho acerca de lo que hay en la mente y en el corazón de Dios.

Profundizando

El corazón de Dios está lleno de amor, compasión e interés por nosotros. Con mucha facilidad olvidamos cuánto esto significa. Porque, en realidad, merecemos todo lo contrario. La Biblia nos dice que nos hemos rebelado contra nuestro Creador. A pesar de su bondad para con nosotros, no le hemos sido agradecidos (Romanos 1:21). A pesar de su sabiduría, hemos insistido en elegir nuestro propio camino en la vida (Romanos 1:22). A pesar de su amor, hemos elegido vivir egoístamente, pensando sólo en nosotros; decimos chismes, sentimos envidia, discutimos, desobedecemos a nuestros padres, vivimos vidas sexualmente impuras, no nos ocupamos de los necesitados (Romanos 1:26-32). San Agustín lo resumió diciendo que, por naturaleza, “estamos inclinados hacia nosotros mismos”. En otras palabras, nos ponemos en el centro de nuestro universo, y allí nos quedamos.

Pero esa actitud nos causa problemas. El egocentrismo es causa de los fracasos en los matrimonios y de las quejas y controversias en el trabajo. En una mayor escala, es causa de la pobreza y la polución, de los desamparados y desnutridos, del crimen y la corrupción (Santiago 4:1-3). En definitiva, el egocentrismo nos lleva a la guerra y la muerte (Romanos 6:23). El pecado, y la maldición que lo acompaña, se ha expandido por nuestros corazones y nuestro planeta—y aún más allá, por el resto del universo (Oseas 4:1-3; Jeremías 4:22-28).

Una evaluación honesta de nuestra vida nos lleva a concluir que merecemos la ira del cielo. No merecemos la bendición de Dios, sino la maldición que el pecado trae consigo. De eso se trata la cruz del Calvario. Allí, en el Calvario, la ira de Dios por su pecado y el mío recayó sobre su propio Hijo.

Jesús absorbió él mismo la maldición eterna que por nuestra desobediencia merecíamos. Ahora, a través de la fe en Jesús, nuestro Salvador, nos hemos convertido en hijos de Dios, y su bendición reposa sobre nosotros—ahora, y para siempre. ¡Increíble!

Una y otra vez en la Escritura leemos acerca de esta bendición. Dios se repite a sí mismo una y otra vez, como tratando de convencernos de sus buenas intenciones para con nosotros. Los salmos están llenos con promesas de bendiciones. En Números 6 Dios manda a Aarón, y luego a sus hijos, a que bendigan al pueblo que se reúne a adorar. Aarón, el Sumo Sacerdote de Israel, levantaba los brazos semana tras semana, mes tras mes, sobre el pueblo de Dios, mientras invocaba sobre ellos la bendición del cielo, diciendo: “Jehová te bendiga y te guarde” (Números 6:24).

Quizás piense que esas palabras no eran más que buenos deseos o nostálgicas esperanzas de quienes pastorearon el antiguo pueblo de Dios. Pero en realidad fueron y son muchísimo más que eso. Esas palabras ¡son la Palabra de Dios! Todavía hoy, esas palabras de bendición llevan consigo el poder de hacer realidad la bendición en nuestras vidas, porque el mismo Dios ha conectado sus promesas con ellas. Hablando del sacerdocio del Antiguo Testamento y de la obligación que tenían los sacerdotes de bendecir a su pueblo, Dios dijo: “Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré” (Números 6:27).

Piense un poco en eso. Nosotros llevamos el nombre de Dios al mundo. Ese nombre nos identifica como sus amados hijos a través de la fe (1 Juan 3:1). Ese nombre es una torre fuerte a la que continuamente corremos en busca de seguridad y paz (Proverbios 18:10). Ese nombre fortalece nuestro servicio (Hebreos 6:10) y enfoca nuestro testimonio (Romanos 1:5;